

EL CATOLICISMO AMERICANO

POR

THOMAS MOLNAR

Se han propagado tales falsedades tanto en Estados Unidos como en Europa sobre el catolicismo americano, que creo de utilidad proponer aquí otra visión más real y realista. Prescindamos, ante todo, de las estadísticas: en el país donde reinan no significan, sin embargo, gran cosa. El hecho, por ejemplo, de que haya cincuenta millones de católicos sobre una población de 240 no significa que constituyan una minoría dominante ni una mayoría que siga la ley de las sectas protestantes todavía más numerosas, la de los metodistas. La razón de ello es que Norteamérica ha sido en su origen, permanece todavía y será siempre una sociedad *protestante*, con el poder de transformar la sensibilidad pública de acuerdo con su modelo de religión (como hoy se dice, «modelo de sociedad»).

El protestantismo americano tiende a su vez —sin alcanzarlo del todo— a un vago «eticismo», por lo que entiendo un laicismo siempre muy poco militante —el P. Combes sería aquí tenido por extravagante y marginado—, pero que impregna el pensamiento y la actitud públicas, las instituciones, los discursos presidenciales, se trate de Kennedy como de Reagan. Este laicismo que se colora del tinte grisáceo de un protestantismo desprovisto de trascendencia, se manifiesta, a fin de cuentas, como una ideología. Ideología exasperante en su aridez, en su unidimensionalidad, pero que presta a Norteamérica su cohesión, su fe en el progreso indefinido y en el único sistema político concebible: la democracia.

En consecuencia, *protestantismo* plenamente horizontal —es-

pecie de religión cívica— y *democracia* se sitúan en el mismo eje, exigiéndose mutuamente. Esto supuesto, lo que va a sorprender al lector es que el catolicismo americano también se sitúe en el mismo eje, ligeramente en extremo avanzado o retrasado, pero en idéntico plano. Por lo que nadie en absoluto podrá contradecir ni aun criticar los fenómenos y las ideas basados en esta línea recta protestantismo/democracia; en la URSS, aquel que se diga en desacuerdo con el marxismo/leninismo es citado ante el juez y se hace condenar al goulag. En Norteamérica a nadie se le ocurrirá que el protestantismo/democracia sea objetable; el desdichado que incurriera en tal pecado sería inmediatamente tratado como un tarado; ni siquiera como un extravagante, ya que el extravagante es por definición una diversión pública y se ve comercializado como clown y reducido a la impotencia y a la abundancia material.

Tal es el marco en que se afirma y prospera el catolicismo. Se comprende, sin más, que el precio de esta prosperidad y de este desarrollo estriba en no destacar demasiado sus dimensiones discrepantes con este mundo: su aspiración a la santidad, a la autoridad, a la enseñanza categórica de la verdad, a la fórmula «Roma locuta, causa finita». Creo necesaria esta breve descripción por dos razones: para trazar en sus verdaderos tonos un cuadro del catolicismo americano, y, aún más, para explicar la mentalidad que ha prevalecido en el Vaticano II y después de él. Se trata simplemente de la americanización de la Iglesia, y sólo *a causa de ella*, de su protestantización. Si las críticas del Vaticano II y del post-conciliarismo abarcan estas dos etapas, cosas y juicios aparecerán mucho más claros.

Este artículo se alargaría inconvenientemente si tratara en él todos los aspectos del catolicismo americano. Digo «catolicismo americano» y no «catolicismo en América» porque estoy persuadido de que la Iglesia ha entrado, hace veinte años, en su era «americana» (al modo como se dice «era constantiniana») y que, por lo mismo, el «catolicismo *more americano*» se ve desde ahora universalmente adoptado e impuesto, hasta el día lejano en que se modificará de nuevo. Sin embargo, tratemos de poner-

nos en el punto de vista del católico americano, considerado, bien entendido, desde fuera, y caritativamente observado.

Pese a cuanto haya podido aprender y asimilar en sus clases y en sus lecturas, este católico que llamaremos X, no ha podido tener la tradición tan íntimamente asimilada y vivida de su hermano en la fe europeo (que designaremos por Y). Este Y siente bajo sus pies una tierra que fue ante todo romana, de un paganismo nunca del todo extinguido y a menudo expropiado, que fue la de las cruzadas, la del Renacimiento y de las luchas entre Lutero y Roma, la de todas las vicisitudes que hacen de Europa y la Iglesia una fusión extraordinariamente compleja, a la vez extraordinariamente simple. Por su parte, X no posee ni siquiera una idea lejana de lo que sabe y siente Y; es decir, que el catolicismo no es sólo el catecismo, la misa, el cura y el papa en el Vaticano, sino también —accidental pero poderosamente— una inmensa civilización (más bien varias yuxtapuestas), una infinidad de regímenes bendecidos por la Iglesia (y no solamente la democracia), monumentos culturales (como decimos en nuestro lenguaje de Baedeker turístico) que se encuentran por todas partes, desde la antigua Cartago al desierto egipcio, desde el Damasco de San Pablo hasta Suecia.

Todo esto es ignorado por el X americano, y si por ventura se instruye y cultiva —lo que es ya índice de una resolución y tenacidad poco comunes—, llega a saberlo a partir de libros, de viajes, de conversaciones. Pero ello no pasa jamás a su sangre. Hay en él, en cuanto al catolicismo, una inmersión permitida por la gracia, pero de ningún modo una inmersión por los cinco sentidos y por el sexto que yo llamaría con precisión «sentido de la cultura». Esto es justamente lo que le expone, atado de manos, al protestantismo ambiental, contra el que se ve desarmado, aun en los casos en que percibe su aridez, su nocividad. No le cabe sino dejarse empobrecer el alma, acudir, si se quiere, tres veces por día a la iglesia, pero sin que la dimensión cultural del catolicismo acuda a la cita. El protestantismo, especialmente en su versión puritana, cierra todos los orificios, su olor está en todas partes, y, lo que es más, presenta la oferta más

seductora: podrás conciliar —dice a X— religión y vida normal; nada te obliga a renunciar a la prosperidad, a los buenos hábitos de vivir que te proporcionan las satisfacciones que la naturaleza requiere: familia, diversiones, hobbies, acciones caritativas, frecuentación de clubs, escuela para tus hijos donde aprenderán el *american way of life*. El domingo pasas una hora en la iglesia con lo que tienes a Dios de tu parte, charlas con tus vecinos, vuelves a almorzar, ves la televisión: la imagen de los pequeños etíopes (camboyanos, bolivianos, hindúes) hambrientos te consterna y das gracias a Dios por que esta tierra maravillosa te preserva de eso. El lunes, retornas al trabajo, una especie de oración activa, ya que Dios se manifiesta también en el sistema de mercado libre y te libra del socialismo.

He dicho que es el protestantismo quien ofrece esta argumentación a X, que es católico, porque a nivel de ciudadano es el protestantismo quien define la ortodoxia pública. Salvo en su iglesia, una vez por semana, casi nada deja de recordar al católico X que no por ser americano, es al mismo tiempo, protestante. Ninguna confrontación histórica seria separa las dos confesiones; al contrario, las ocasiones de colaborar se multiplican. Mientras el luterano alemán encuentra a diario en su camino la iglesia barroca, que es también su herencia, de modo que las dos tradiciones, católica y reformada, se fusionan en el plano de la cultura nacional, el católico americano al contemplar su iglesia desde su ángulo artístico no la encuentra diferente del templo protestante de enfrente. Nada existe para arraigar su fe, y, por lo demás, el *american way of life* consiste en repetir hasta la saciedad que hay que eliminar las diferencias: X y Z son iguales, salvo en lo que se refiere al cheque que aportan a fin de mes. Igualdad por doquier: se adora al mismo Dios siendo católico, o judío, o protestante, o musulmán, o budista, taoísta, animista, o... agnóstico. Martilleado cada día en su cerebro, X no imagina ni siquiera que se trate de un falso mensaje.

Análogamente, X encuentra dificultades insuperables para concebir que se pueda pensar de otro modo que según los jalones implantados por el americano/protestantismo. Aparte con

jóvenes sobre política, sobre la guerra y la paz, sobre historia, mujeres, diferencias de razas, sobre el bien y el mal, sobre marxismo, fascismo, etc.: las respuestas son sin excepción las inspiradas por el protestantismo. Cada uno se supone —hablo siempre de jóvenes católicos— católico y por lo mismo libre; pero esta pretendida libertad está amasada por el protestantismo ambiente. El catolicismo europeo le parece claramente *inmoral, pagano, maquiavélico, antidemocrático, elitista*, etc.; en fin, extranjero y extraño. Estos jóvenes se muestran respetuosos con las grandes figuras de su religión, Agustín, Francisco, los papas poderosos como Inocencio III y Gregorio VII, pero se tiene la impresión de que, si encontraran en persona a estos pensadores y príncipes de la Iglesia, quedarían escandalizados por su trato.

Del mismo modo, el catolicismo que mejor se comunica a estos espíritus es su versión inglesa, cuya mentalidad y supuestos le resultan más accesibles. De Thomas Moro a Newman y al historiador Christopher Dawson siguen mejor el destino y las ejecutorias católicas que si se trata del catolicismo mediterráneo, latino, con herencia pagana. No importa que el escalón sea muy visible: ellos lo siguen en toda su línea. Por lo demás, encuentran incluso al catolicismo inglés demasiado audaz en ocasiones; como por una preferencia velada eligen a los «anglo-católicos» que se detienen en el umbral de la iglesia con un respeto infinito, pero también con cierta discreción. Su admiración total se dirige a dos grandes figuras anglo-católicas, Chesterton y C. S. Lewis, de los que puede decirse que han hecho más por la conversión de los americanos que la propia Iglesia con su proselitismo. Es también cuestión de estilo: ambos escritores utilizan sobre todo la paradoja y su subsiguiente desvelamiento, especie de humor indirecto y seco, muy anglosajón en su *understatement* y en su manera de llegar al fondo, oblicuamente. En cambio, el estilo lleno de matices y de trazos vivamente marcados de un Pascal se les hace poco menos que impenetrable.

En el fondo, lo que ha marcado profundamente al catolicismo americano, aparte del protestantismo en su versión puritana,

es el catolicismo irlandés, el primero en atravesar en masa el océano. Perseguidos en tanto que católicos, después sobre todo de Cromwell, y desde Eduardo I en tanto que pueblo, los católicos irlandeses no salían de su aislamiento si no es para relacionarse con el jansenismo francés, lo que les ha otorgado un barniz de semi-puritanos. Agrupados poco después en torno a su clero —que les daba la lluvia y el buen tiempo— atravesaron el Atlántico y, siempre perseguidos (socio-económicamente) por los puritanos antipapistas de los Estados Unidos, construyeron en torno a sí una muralla espiritual para protegerse de los discípulos diabólicos de Lutero y de Calvino. Muy poco abierto a los demás, el catolicismo americano-irlandés ha marcado a sus descendientes, cuyas palabras y actos son escrutados con lupa por sus correligionarios del mismo origen étnico. En su trato se percibe un clima asfixiante y una ausencia de libertad que inquieta. Basta una frase para helar la conversación ante inquisidores cuya beatería recuerda a Tartufo. Su puritanismo sobrepasa a menudo al de los protestantes de Nueva Inglaterra. Uno de ellos, profesor de filosofía, insistió días atrás en una comunicación supuestamente erudita en que no podía enseñarse la cultura católica si no es con la ayuda de cursos de teología y filosofía. Como ya he indicado, a nadie se le ocurre allá que la cultura es también la de los sentidos y las artes. No habiendo encontrado ese cierto «paganismo» y, habiendo, en cambio, oído hablar de la «inmoralidad» de los católicos franceses, italianos y otros, les parece recomendable encerrarse en «nuestro catolicismo americano», bien seguro *porque* es aprobado por los protestantes. Otro profesor, de literatura éste, imparte cursos/predicaciones en los que rechaza todo lo que se ha escrito desde la Edad Media como anticatólico, obra de espíritus corrompidos. Por más que se trate de católicos extremadamente piadosos, fervientes y celosos, son también un poco Luteros en germen, que se escandalizarían del paganismo y la «manga ancha» romanos. Casi diríamos, dispuestos a excomulgar a Roma.

Así, cuando se habla hoy de la posibilidad de un cisma de la Iglesia americana, no viene sólo de los izquierdistas entre el

clero, la jerarquía y los seglares. Procede también de ese espíritu *sui generis* que habita entre los católicos fieles a Roma. Bien entendido, son incondicionales de la Iglesia romana, pero, al mismo tiempo, su mentalidad puritana crea —o más bien no rechaza— el sentimiento de que la salvación viene de América, incluida la salvación de la Iglesia. Es preciso en este punto execrar el Concilio: antes de 1965 el celo de los católicos americanos, así como el de una minoría no despreciable de nostálgicos del latín, de la belleza y la autoridad de la Iglesia, habría permitido soldar una inmensa comunidad alrededor de Roma. Con la crisis que conocemos, el catolicismo americano se «pluralizó» según el modelo social del país y según el modelo de la época que vivimos, y se diversificó en grupos antagónicos. Al no ejercerse con plenitud la autoridad, cada católico se ve tentado, sea de desinteresarse de la Iglesia, sea de encontrar, sin más, soluciones satisfactorias. En la izquierda (término general) se sigue el utopismo innato en América: es preciso renovar constantemente mentalidades y estructuras, y dejarse llevar por la inspiración o por el entusiasmo del momento. La izquierda católica se ve ya como el germen de una nueva Iglesia universal que ha superado a Roma al modo de la superación luterana. Desde entonces se puede innovar la misa, la confesión, cabe introducir en el cuerpo del catolicismo renovado todas las ridiculeces y payasadas americanistas, todo cuanto se inventa en una sociedad anarquizante. Es poderosa la tentación de comenzar todo de nuevo, en un espíritu de vulgarización super-teilhardiana.

En la derecha no se siguen, por supuesto, estas fantasías. Pero también ha habido conmoción. Los americanos son misioneros natos. Así, encerrados en un ghetto por la Iglesia oficial y por la izquierda católica delirante, la derecha católica se ve reducida a hablarse a sí misma. Sus relaciones con el catolicismo europeo no se han desarrollado demasiado por las razones que hemos visto. Mientras que la izquierda católica disfruta de una red internacional, la derecha permanece tímida, aislada; aislada de los europeos, pero también de los sudamericanos, en el terreno donde la izquierda desatada derrocha un tesoro de imagina-

ción y de actividad en favor de la subversión a la vez política y religiosa.

En tales condiciones, el catolicismo de derecha no puede sino adoptar, de modo aún más estricto y severo, la actitud conservadora, actitud inconcebible fuera de este país que es puritano, rutinario, poco comunicativo, encerrado en sí y repitiendo sus *slogans* auto-afirmantes. Pero es significativo que tanto la derecha como la izquierda católicas —es decir, el conjunto del catolicismo americano a partir del Concilio y de todas sus «renovaciones»— nada en absoluto han producido en los dominios donde los movimientos de ideas y de revoluciones/reacciones crean normalmente un arte, una literatura, una música, una mística, un celo en los trabajos de erudición, etc. He aquí el espíritu aridecedor del puritanismo, sobre todo en una tierra no fecundada por la tradición. Hay que destacar, además, que Irlanda ha dado sus más grandes escritores a Inglaterra: Swift, Shaw, Synge, Yeats, y que el catolicismo inglés, perseguido durante cuatro siglos, ha provocado en su seno un Newman, un Burke, un Lord Acton, un Evelyn Waugh, un Chr. Dawson. Nada parecido en los Estados Unidos. Por el contrario, bajo la influencia del puritanismo en tierra estéril, el universo mental de los jóvenes católicos que yo conozco en nada difiere del de sus colegas protestantes. Este universo consiste en las mismas ambiciones para los negocios y en la política. El catolicismo está en ellos sobreañadido como un carnet de identidad, un pasaporte para la circulación interior. En una sociedad abierta y gregaria, y sin embargo muy conformista con las fórmulas puritanas, el catolicismo otorga el derecho a un pequeño muro de separación, una especie de ghetto donde sentirse «entre nosotros», pero en absoluto para realizar empresas dignas de mención. En el interior de este cuasi-ghetto y fuera de él es el mismo *way of life*, los mismos intereses, el mismo horizonte estrecho. Se trata más de un club que de una cruzada. Uno de los pecados del Vaticano II ha sido el haber impulsado este hastío en el catolicismo americano, tentación aún mayor en un medio irrevocablemente impregnado de puritanismo.

En el aspecto de la vida material, la Iglesia americana es como una fortaleza, o, diríamos, la caja fuerte de un Banco. Inmensas inversiones bien administradas, condiciones de impuesto muy favorables, el óbolo de los fieles cubre compromisos abracadabrantes que nadie osa criticar, menos por obediencia a la jerarquía que por conformismo con el *way of life* americano que inserta los donativos entre sus fórmulas. La Iglesia es así una estructura imponente, imperio dentro del imperio, máquina bien engrasada. De tarde en tarde se encuentra en el horizonte burocrático un hombre afable de trato y buen amigo, tal como el arzobispo John O'Connor, de Nueva York. Monseñor O'Connor, a quien conozco, no es en absoluto un candidato a mártir: por lo demás la ideología americana está hecha para evitar la ocasión. Pero es un excelente católico cuya ortodoxia es intachable y que no dice ninguna de las ineptias eclesiásticas que lanzan hoy día nuestros prelados a una con los periodistas. El modo como se opone al aborto y a los católicos que apoyan una «pluralidad de teologías» es valerosa, e impopular a los ojos de otros prelados y políticos oportunistas. Por ello mismo, el debate en torno a la cuestión del aborto debería situarse en un plano intelectual y espiritual. De hecho, se ha politizado inmediatamente, se ha convertido en factor electoralista, desprovisto de toda seriedad y elevación. Sin duda se trata de la época en que vivimos, pero es también típico del clima americano en el que es precisamente el electoralismo la cumbre a que los problemas llamados públicos pueden elevarse. En este caso, Monseñor O'Connor no ha sido culpable de haber hecho afirmaciones no conformistas sino de haber osado mezclar dos cosas rigurosamente separadas por la santa Constitución: asuntos privados —especialmente la religión—, y asuntos públicos, esto es, la moral cívica y social. Porque el razonamiento es este: una ley votada («sí» al aborto) no puede ser ya objeto de debate; los individuos (O'Connor entre ellos) no deben hacer la crítica en público.

Esta reducción de la religión al plano privado: he ahí el germen del pluralismo del que sufre Norteamérica y que afecta, sobre todo, a cualquier aspiración elevada. Se puede proponer

cualquier cosa, la santidad o el incesto; no se tiene derecho a hacer una distinción entre una y otra proposición. Es la ley quien debe decidir, y la decisión de los tribunales o del Congreso no puede ser rebatida más que por nuevos cauces legales. Esto es lo que aniquila la vida intelectual, artística, espiritual, lo que desanima el espíritu creador ya desde el subconsciente. Vale más no aventurarse demasiado lejos de un camino jalonado por cláusulas constitucionales. Católico: vale más hacer de tu fe una cosa privada, para uso interno; proclamarla a los vientos es contrario a la mecánica por la que funciona esta sociedad cuidadosa sólo de una rutina que garantiza el bienestar y los derechos humanos. Es esta mentalidad la que absorbe el católico americano desde su nacimiento, y el resto de su vida no hará sino entranar aún más los mandamientos de la sociedad. No es extraño que acabe por reconocerlos tan válidos como los Diez Mandamientos.